

Gestión de las emociones en el proceso de investigación: etnografiando en contextos de violencia

Ana Toledo Chávarri

Universidad Autónoma de Madrid / Centro Superior de Investigaciones Científicas
ana.toledo@uam.es

Palabras clave: etnografía, emociones, posición investigadora, violencia, metodología feminista.

Resumen: en 2009 asesinaron a varias personas con las que me había relacionado durante el trabajo de campo que había realizado en la región mexicana de Oaxaca los años anteriores. Fue el punto culminante de una espiral de agresiones y violencia que no había hecho más que crecer en los años anteriores. Etnografiar en este contexto de violencia me confrontó a una serie de tensiones emocionales que me han llevado a reflexionar sobre mi posición investigadora en el trabajo de campo a través de las herramientas ofrecidas por la metodología y la epistemología feministas.

Introducción

En noviembre de 2009 recibí un correo con el asunto “Malas noticias”. Lo leí y me quedé un rato paralizada ante una pantalla que no me daba suficientes respuestas. Habían asesinado a 15 personas de la organización campesina que había etnografiado para la tesis doctoral, alguno de ellos habían sido amigo y apoyo fundamental en la investigación. Esta matanza fue la culminación de un ciclo de violencia que venía creciendo durante los últimos años. Para mí, supuso reabrir las tensiones emocionales vividas durante el trabajo de campo realizado en el marco de la investigación de doctorado.

El trabajo de campo del que hablo aquí lo llevé a cabo entre los años 2005 y 2007 en el área más empobrecida de México, el sureste, concretamente en la región de Papaloapan, situada en

Ankulegi 14, 2010, 25-35

Fecha de recepción: 10-V-2010 / Fecha de aceptación: 22-XI-2010

ISSN: 1138-347 X © Ankulegi, 2010

la Sierra Norte de Oaxaca. Esta región cuenta con una larga historia de conflictos y violencia que permanecen aún hoy. Una de las partes de mi investigación doctoral consistió en realizar una etnografía institucional de una organización campesina llamada la Unión General Campesina Obrera y Popular (UGOCP). Empecé el trabajo de campo con la mirada en los proyectos de desarrollo que esta organización llevaba a cabo y poco a poco la violencia apareció articulada en estos procesos.

En este artículo no quiero centrarme en entender las causas de la violencia —que trataré de cartografiar brevemente—, sino en una reflexión metodológica sobre la gestión de las emociones durante el trabajo de campo y la escritura de la tesis doctoral¹. Hablaré de las emociones vividas durante el trabajo de campo, pero también después durante la escritura del documento, y, aún hoy, las experimentadas tras la muerte de los miembros de la organización mencionada.

Se trata de realizar una revisión del propio proceso de investigación, no desde cualquier lugar, sino tomando como punto de partida para el análisis las metodologías y la epistemología feministas. Estas entienden la investigación como un proceso que necesita sujetos investigadores con sus cuerpos (Davies, 1997) y emociones (Lutz y Abu-Lugoth, 1990). Además, parten de que estas emociones se construyen en la interacción con los contextos y los sujetos investigados (Valentine, 2002). Parto, por tanto, de pensar desde la epistemología feminista, según la cual todo conocimiento es producido en contextos específicos y está situado; huyendo de concebir el conocimiento como neutro,

objetivo o universal, alejándose del positivismo clásico (Haraway, 1995; Harding, 1996). También implica tener en cuenta la posición de la investigadora, las propias adscripciones de género, clase o cultura repercuten en el conocimiento, pues "vemos el mundo desde posiciones concretas y encarnadas" (Rose, 1997). Desde este punto de vista, la etnografía se presenta como un método particularmente apropiado para una mirada feminista sensible a las relaciones de poder y parecía una herramienta metodológica más respetuosa con los otros (Stacey, 1991).

Breve cartografía del contexto de investigación y la violencia

La historia de la desigualdad en México está marcada por su inserción en moderno/colonial que traza la subordinación de los pueblos indígenas desde la llegada de los españoles en el siglo XVI. La diversidad étnica es el más visible modo de estratificación de la sociedad local, diferencia que se asocia a una fuerte exclusión con orígenes coloniales que ha contado y cuenta con el apoyo del autoritarismo de parte importante de las élites políticas y económicas. Así, Gustavo Esteva se refiere a Oaxaca con estas palabras: "Esta unidad política básica de México fue creada por los españoles para dividir y controlar, y los Gobiernos de México la han usado con el mismo propósito" (2007).

La organización que analicé en la tesis, la UGOCP, se sitúa dentro de una maraña de relaciones que, en esta singularidad oaxaqueña, se ha ido transformando tanto en el contexto de la dinámica global y mexicana como en su propia relación de fuerzas. Cada uno de los actores de este marco cuenta con

¹ He trabajado más en los orígenes de la violencia en esta región oaxaqueña en Toledo (2008).

sus propios intereses y estrategias de inserción en la red de relaciones y tienen diferentes niveles de actuación y discurso. Los conflictos y las alianzas entre todos estos actores sociales son frecuentes en un contexto social complejo y agitado².

Estas relaciones están enmarcadas en las grandes políticas hegemónicas del Estado mexicano que pasan por el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, pero también por el alzamiento zapatista en Chiapas que funciona como referente alternativo. La diferencia oaxaqueña es la tradición histórica de negociación de los diferentes actores sociales con los Gobiernos (federal, estatal y municipal), que se ha basado principalmente en la cooptación de los grupos a cambio de recursos.

La UGOCP participa en estos procesos como mediadora de la cooptación entre el Estado y la población local. La mediación es una relación de intercambio de doble vía. De modo que a través de la organización la gente del Papaloapan se vincula hacia arriba: votos, legitimidad y capacidad de movilización; mientras que hacia abajo circulan proyectos, dinero, recursos materiales (semillas, vacas, pozos), información, puestos de trabajo, así como conocimientos burocráticos y técnicos. Estos intercambios articulados en relaciones de poder históricas generaban estallidos de violencia extrema como el refe-

rido, pero la violencia era además un recurso cotidiano que toma otras formas de expresión. Tanto en el contexto estatal de Oaxaca, como en la región del Papaloapan, muchos grupos diferentes de los antes mencionados luchan por el poder local y el acceso a estos recursos. Esta competencia es uno de los orígenes de la violencia actual en la región.

Durante el trabajo de campo, esta violencia cotidiana implicó muchas tensiones emocionales a la hora de investigar, desde el miedo ante las amenazas palpables, ambivalencia ante la circulación del poder y los intentos de búsqueda de desarrollo local, o pesar ante las muertes o agresiones a los informantes. Pero, sobre todo, sembró el proceso de contradicciones, dilemas y dudas.

Gestión de las emociones al etnografiar en contextos de violencia

El proceso de investigación, especialmente en el contexto etnográfico, supuso encontrarme ante emociones contradictorias: desde el miedo, la incomodidad o la ambivalencia, o la identificación y cercanía, que fueron variando en la interacción con el contexto y los sujetos. Catherine Lutz y Lila Abu-Lughod señalan que las emociones son fenómenos sociales que se visibilizan en la interacción social (1990). En el trabajo de campo las emociones pueden entenderse entonces imbricadas en el contexto de investigación y en las negociaciones identificación-desidentificación con los informantes. Para Gill Valentine, las formas de identificación son complejas porque muchas nociones de igualdad y diferencia pueden ponerse en juego a la vez (2002).

Mi objetivo al empezar el trabajo de campo en el Papaloapan era investigar un

² En el 2006 el conflicto social llegó a unos niveles realmente altos poniendo en jaque la gobernabilidad del Estado durante meses. No hay lugar para profundizar en el contexto oaxaqueño y la crisis de 2006, se han publicado algunos documentos sobre ello. Por ejemplo, un número de la revista *Cuadernos del Sur* (Martínez, 2007) en cuya edición participa CIESAS, o el libro *Memorial de agravios, Oaxaca, México, 2006*, que recoge documentos gráficos y reflexiones en torno al conflicto (Leyva, 2008).

proyecto de desarrollo, como puede verse en el siguiente fragmento de la tesis:

Conocí a Antonio Hernández, quien, junto con Alejandro González, trabajaba en un proyecto de Mejoramiento Participativo de Plantas. El primero llevaba años implementándolo en Cuba [...]. En aquel momento, Antonio y Alejandro estaban intentando trasladar el proyecto al Papaloapan, una región del sudeste de México, situada al norte del estado de Oaxaca. Me contagiaron su energía y entusiasmo por el proyecto y me invitaron a investigar el proceso de traducción a México. El diseño del proyecto me pareció innovador y alternativo. Trataba de formar alianzas entre campesinos y científicos para mejorar las variedades locales de semillas. Con ello se quería obtener el aumento de la producción y de la seguridad alimentaria en las comunidades. Constituía una apuesta por aumentar la diversidad local tanto en términos agrícolas como sociales y culturales, pues apoyaba la autonomía de las formas de vidas campesinas e indígenas (2009: 6).

Mi entrada en el campo partió, por tanto, de la fascinación por la posibilidad de construcción de alternativas, influida por los movimientos sociales de izquierdas, la teoría crítica del desarrollo y las lecturas sobre las posibilidades de descolonialidad. En aquel momento entendía el feminismo como una mirada atenta a las relaciones de poder, pero de orientación transversal, es decir, subordinada a otro tipo de relaciones de relaciones de poder. Llegué al campo con ilusión y pensando en contribuir a un proyecto que consideraba que podía ser emancipador y empoderante para las comunidades locales.

Mi relación con estas fue, ese primer año de trabajo de campo, complicada por las dificultades de acceso y las condiciones de trabajo, pero me sentía a la vez seducida,

como puede verse en el siguiente fragmento de la tesis:

Un día durante el trabajo de campo en el Papaloapan el objeto de esta tesis empezó a tomar forma, fue el 4 de junio de 2005. Me había levantado a las seis de la mañana para ir a visitar las parcelas donde se desarrollaba el proyecto. Hasta llegar a mi destino tenía una hora de viaje en la parte trasera de una camioneta de transporte colectivo. Era la primera vez que iba sola a entrevistar a los campesinos, de modo que iba contenta y un tanto nerviosa. Amanecía y el trayecto era precioso. El cielo rosado sobre los campos de caña y las plataneras, los vagones de tren oxidados descansando en las vías, la sierra al fondo, el viento frío de la mañana en la cara. A un lado del camino quedaba también el ingenio chorreando su humo negro y su aire de misterio salido de otro tiempo.

Llegué a mi destino a las ocho de la mañana, estuve caminando con el grupo de mujeres con el que había quedado. Paseamos por sus campos de la antigua plantación en Hondura del Nanche, testigo de la historia bárbara de México [...]. Este grupo de mujeres me mostraron sus parcelas mientras hablamos del proyecto, de las variedades criollas de maíz que habían sembrado aquel ciclo, de los diversos usos que les daban, de la manovuelta, la forma de apoyo mutuo que les permitía cultivar sus tierras. Al final del recorrido, varias horas después, estaba desfallecida y empezaba el calor atroz (dicen que fue el día más caluroso en los últimos treinta años en México), Rosa me ofreció unos tacos de quesillo y un poco de agua. Nos sentamos todas a charlar a la sombra para descansar antes de regresar al pueblo, Vega del Sol. Entonces, hablamos de los dieciséis años de lucha por la propiedad de la tierra que pisábamos (y aún no llegaban los papeles), de sus maíces y vacas, de sus hijas y esposos en Estados Unidos; esto es, de su cotidianidad, de sus conocimientos, de sus deseos y sufrimientos (Toledo, 2009: 6).

Creí que había llegado, entrado, que el trabajo de campo iba a transcurrir de este modo romántico y según lo previsto en mi marco teórico. En vez de ello, una vez abierto el campo, empecé a verme confrontada con pequeños episodios de la violencia cotidiana local. Las conversaciones e historias sobre palizas y asesinatos eran constantes. Algunas pertenecían al pasado, y recordaban como héroes de la organización a los hombres y mujeres que habían participado en la lucha por la tierra (había incluso un anciano, don Juan, especialista en contar estos relatos). Otras eran sugeridas en forma de bromas sobre agresiones recibidas o dadas, narradas siempre en un tono abierto y ambivalente que exculpaba a quien las decía.

Nunca tuve que enfrentarme con la violencia física directa, pero sí con amenazas verbales, incluso de muerte, que surgieron tanto de mis acompañantes como hacia quienes me acompañaban. Especialmente una noche, unas semanas después, tuve un pequeño encuentro, aún sin saber muy bien cómo enfrentarme a ello. Un fragmento del diario de campo de aquella noche:

Tomamos una cerveza en un soportal. A la mitad de la cerveza apareció un hombre que empezó a decir que de parte de quién venía, que qué iba hacer, que si no sabía que esa era solo una versión... Silvestre, en cuanto entró, me dijo "no le hagas caso". Intenté evitar las respuestas comprometedoras, pero no pude no responderle. Me acabé la cerveza lo más rápido posible y le dije a Silvestre que nos fuéramos.

En el camino de vuelta hacia su casa pasamos por otro bar donde había un grupo bebiendo, uno de los hombres, también borrachísimo, empezó a gritar amenazas contra Sixto: "Yo no me arrodillo ante nadie", "lo voy a matar". Silvestre hizo un amago de

responderle, pero se cortó y nos fuimos a su casa (cuaderno de campo, Vega del Sol, 30 de junio de 2005).

Mi primera reacción ante sucesos como este fue el miedo, la perplejidad y la distancia. Me sentía muy ajena al contexto que desconocía, México, rural, indígena, del que, sobre todo, lo que me inquietaba era la sensación de no conocer la magnitud y las posibilidades de la violencia. ¿Hasta donde los relatos de agresiones y asesinatos eran ciertos? ¿Hasta dónde eran historias de legitimación y lucha? ¿Cómo podía entenderlas, dentro de qué procesos? Por último, también me preguntaba: ¿y yo, qué riesgo podía correr?

Cuando regresé al año siguiente, la región había estallado. Atravesaba por lo que más tarde entendí que no era más que un nuevo episodio de violencia. Don Silvestre, el hombre al que habían amenazado y que era uno de los líderes locales de la organización, estaba recuperándose de una paliza que casi le lleva a la muerte y le había dejado graves secuelas. Además, se habían producido una serie de asesinatos en la región de los que se acusaba a miembros de la UGOCP, los cuales se encerraron en sus casas por miedo a represalias. El trabajo administrativo y de gestión de la organización se paralizó y a mí me obligaron a salir de la región con la advertencia de que el peligro era grave y acuciante.

La arbitrariedad del poder y el recurso a la violencia extrema fueron difíciles de asumir, tuve que poner distancia durante bastante tiempo para enfrentarme a esta parte inesperada del trabajo de campo, que no formaba parte de mi proyecto de tesis inicial. Teresa del Valle, hablando del miedo en las mujeres, dice: "En algunas tiene un efecto

paralizante, mientras que hay mujeres que se sobrepone a ello de manera que no les condicione en sus movimientos y en la libertad de experimentar la amplitud de los itinerarios" (1999: 31). Traté de hacer esto último, aplacando el miedo a través de conversaciones con otros antropólogos, con lecturas, tratando de entender las dimensiones y procesos de la violencia en la región. Se trataba de tomar distancia y situar el miedo en las posibilidades reales de violencia, que poco a poco fui enmarcando, entendiendo.

Profundizando en las relaciones etnográficas

Las tensiones emocionales en el trabajo de campo no estuvieron solamente relacionadas con la violencia o la expectativa de esta, sino que también estuvieron enmarcadas en las relaciones establecidas con las personas del Papaloapan. Mi búsqueda epistémico-metodológica pasaba por asumir mi propia posicionalidad. Pero ¿qué supone esto? En las relaciones establecidas en el trabajo de campo, ciertos aspectos de mi posición situada (Haraway, 1995) –mujer, urbanita, antropóloga, feminista, pacifista, entre otras muchas– eran constantemente interpelados de muy diversas formas según con quien me relacionara y en el contexto en el que nos encontráramos. Pues, ninguna de estas posiciones tiene sentido en abstracto, sino enraizadas en la negociación con los actores presentes del trabajo de campo. Algunas de estas marcas se pusieron de relieve en el contraste con los/as investigados/as, mientras que otras (no siempre las contradicciones obvias y esperadas) pasaron más desapercibidas dependiendo de las identidades de igualdad y diferencia que se establecían en las

entrevistas o los encuentros informales. Pues, como dice Gill Valentine, "las fronteras entre la investigadora y la investigada es muy dinámica e inestable" (2002: 199).

Para realizar este trabajo fue necesario establecer relaciones con la UGOCP como colectivo, así como con diferentes miembros de la organización: líderes, técnicos y bases. Estas relaciones no fueron fáciles y fluidas, y, si bien fueron fértiles en encuentros, también provocaron muchos desencuentros. La negociación de las semejanzas y diferencias fueron específicas con cada uno de estos grupos señalados. Estas negociaciones eran sensibles a las relaciones de poder, tanto en el contexto en que se desarrollan las investigaciones (diferencias culturales, étnicas, de género, etc.) como en las relaciones que se establecen en el trabajo de campo.

La etnografía puede usarse como una herramienta metodológica que parte de recursos emocionales como la empatía, la conexión y la preocupación por el Otro, depende de relaciones personales, del compromiso y el apego (Stacey, 1991). Yo buscaba estas emociones, pero no siempre las encontré, especialmente en las relaciones en el marco de lo colectivo. Como puede verse en el siguiente fragmento perteneciente a la tesis:

Uno de los conflictos surgió en torno a la cuestión de mi pertenencia o no al grupo. Solo me paré a reflexionar sobre ello cuando uno de los miembros de la organización me excluyó de una conversación con un tajante "Tú no eres de la UGOCP". Yo nunca me sentí parte del colectivo, tenía muchas dificultades de conectar con las metas y las formas grupales, aunque sí me sentí ligada al proyecto de desarrollo mencionado. Además, me di cuenta de que algunas personas me asimilaban a la organización y que esa posición de ambigüedad me facilitaba el acceso a experiencias, historias y cotidianidades espe-

cialmente en relación con los temas de violencia (Toledo, 2009: 38).

Sondra Hale y Gill Valentine han trabajado ambas con colectivos de mujeres con las que se sintieron identificadas, al menos en un primer momento de sus trabajos. Sin embargo, estas relaciones fueron problematizándose en el transcurso de la investigación (1991 y 2002, respectivamente). Para mí, el proceso fue diferente. Las relaciones con el grupo nunca fueron fáciles, en contextos de fuertes jerarquías de poder y violencia, la empatía no fue en mi caso el sentimiento principal, al menos con el grupo y algunos de sus miembros.

En las relaciones individuales, sin embargo, la identificación y, por tanto, las emociones jugaron un papel distinto. En la tesis seguía describiendo la posición investigadora como sigue:

La ambigüedad de mi posición de (no) pertenencia me provocaba ansiedad e incomodidad ante las situaciones a las que me veía confrontada. Me sentía ajena y lejana a las historias, experiencias y formas de hacer locales. Especialmente ante las relaciones de poder que se establecían en la región en general y en la organización en particular. Poder que era ejercido y reactivado con constantes interpelaciones que ponían de relieve las jerarquías de género, sexualidad y etnicidad subordinando a mujeres-homosexuales-indígenas. Sin embargo, también me identificaba con parte de los miembros de la organización que ponían sus expectativas de cambio en su participación en la misma: expectativas que iban desde la búsqueda de la movilidad ascendente individual por parte de los participantes en el proyecto o los técnicos, a la búsqueda de procesos más amplios y colectivos de transformación social (Toledo, 2009: 38).

Sharon Crasnow (2006) trata también de aproximarse a las cuestiones de la identidad y recoge cómo puede hacerse a través de la noción de objetividad de Haraway (1988). Esta filósofa de la ciencia trabaja en su teoría de la objetividad los conceptos de conexiones parciales y el conocimiento situado. El conocimiento situado va más allá del individualismo, el relativismo o las políticas de identidad según las cuales uno puede localizarse en posiciones cerradas basadas en la clase, el género o la etnia. Mientras, el conocimiento conseguido a través de una objetividad feminista está situado, el reconocimiento de algunas posiciones puede permitir identificaciones y reconocimiento de metas. Hay reconocimiento desde ciertas posiciones iguales o semejantes, pero no universales.

Yo encontré estas semejanzas en las relaciones establecidas a través del proyecto de desarrollo del que he hablado al inicio de este artículo. Con el personal técnico encargado de la organización que trabajaba en el mejoramiento participativo del maíz compartía un lenguaje común, el del desarrollo entendido como una búsqueda de la mejora de las condiciones de vida. Compartía también ciertas maneras y visiones de cómo trabajar, el lenguaje técnico, etc. Pasamos tardes enteras comentando las complicaciones del proyecto y del trabajo en el medio académico:

Hablamos mucho del papel de los científicos y de las posibilidades de socialización, divulgación y democratización de la ciencia. Se quejan insistentemente del papel de la ciencia institucionalizada. Antonio reitera con vehemencia que solo sirve para decir lo que el poder quiere que digan. Berta nos cuenta que tuvo que retirar la participación de los campesinos en la selección de su tesis doctoral porque no se la aceptaban (quienes tenían

que juzgar su tesis); solo daban por válida la selección ortodoxa. Alejandro manifiesta que está encontrando gran resistencia en las instituciones de investigación científica de México para trabajar en este proyecto. Y Antonio comenta que es mucho más sencillo trabajar con agricultores (cuaderno de campo, México D. F., 4 de septiembre de 2004).

Lo mismo puedo decir de las relaciones establecidas con algunos miembros de la base de la organización, especialmente con las mujeres, entre quienes encontré relaciones gratas, y de encuentros como el que puede verse en la primera cita de este artículo. Tal vez, las mayores dificultades que encontré en la relación con estos grupos fue más adelante, en el proceso de escritura de la tesis, donde necesité una gran dosis de distancia para que la empatía me permitiera dejar paso a un análisis. Como Sondra Hale, en su artículo sobre método feminista, sentí en muchas ocasiones que estaba traicionando su confianza (1991).

Las relaciones con los líderes de la UGOCP fueron bastante menos fluidas por diversos motivos. En primer lugar, estaban más inmersos de manera específica y marcada en las relaciones de poder y violencia regionales. Las formas de violencia más fuertes iban dirigidas contra los líderes principales de la organización, eran fundamentalmente hombres. La violencia extrema en el sentido físico (palizas y asesinatos) era dirigida fundamentalmente, aunque no exclusivamente, contra los hombres de la organización, las mujeres tenían que enfrentarse a otras formas de agresión. Esto no quiere decir que las mujeres no estuvieran presentes en los contextos de violencia, pues también la ejercían en ocasiones.

En segundo lugar, esta inmersión hacía que fuera mucho más difícil encontrar las

conexiones parciales a las que se refiere Donna Haraway. Los líderes de la organización basan su poder en el establecimiento de relaciones jerárquicas con las bases. Racismo, sexismo y agresión estaban normalizados y eran cotidianos para estos en el ámbito privado, mientras que en público mantenían un discurso de izquierdas emancipador (Toledo, 2009: 269 y ss.).

En tercer lugar, hay que tener en cuenta las diferentes agendas que manejábamos. Hale habla de las agendas de las diferentes personas involucradas en la investigación y de cómo las personas con las que se relacionaba trataban de utilizar el proceso para sus propios intereses (a veces, haciéndola sentir abandonada o traidora en el proceso) [1991]. En este caso, mi agenda de investigación chocaba con sus intereses, pues una buena parte de ella consistía en profundizar en las jerarquías dentro de la organización y desentrañar las relaciones de poder. Desde el principio del trabajo de campo había tratado de ser clara con la organización en cuanto a mis objetivos y como punto de partida le había ofrecido un plan de trabajo detallado, aunque tal vez algo ambiguo, pues se escudaba en el lenguaje demasiado técnico.

Su agenda política también me otorgaba una posición ambigua y difícil. Por una parte, les hacía resistentes a ser investigados de esta manera, a exponerse, y en muchas ocasiones minusvaloraban mi trabajo en público. Sin embargo, por otra parte, como académica (y, específicamente, como académica española) me convertía en algunos eventos y ante algunas personas en un símbolo de estatus y apertura que en muchas ocasiones trataban de aprovechar.

De este modo, las relaciones eran un constante tira y afloja. Así, nunca se formalizó el apoyo, de modo que las negociaciones

para el acceso o la denegación del mismo fueron constantes tanto en las estancias como en su preparación, pero me permitieron acceder a la observación de la cotidianidad de las oficinas de la organización, así como a las reuniones de técnicos y líderes con miembros de base. También pude acompañar en las visitas de senadores y políticos estatales a la región en las que era presentada constantemente como investigadora de la universidad de Madrid. Pero, por otro lado, tuve problemas de acceso a ciertos espacios durante todo el proceso, especialmente derivados de las dificultades para abordar algunas temáticas, difíciles de tratar, sobre todo en las cuestiones de violencia. Además, en varias ocasiones, en debates públicos y conversaciones, algunos líderes de la organización desprestigiaron mi trabajo de campo. El líder principal de la organización lo hizo en diversas ocasiones desacreditando la necesidad y el interés de "los libros", como se refería a mi investigación. Por ello, muchas personas rechazaron contestar a mis preguntas o lo hicieron con evasivas.

Y seguir buscando

Como decía al principio, el asesinato de varias de las personas que fueron fundamentales en el trabajo de campo supuso reabrir muchas emociones vividas en el proceso. De nuevo, la pena, el miedo, las contradicciones ante el propio trabajo resurgieron y me hicieron repensar mi posición como investigadora.

Si bien "los conocimientos parciales, localizables y críticos, [...] admiten las posibilidades de conexiones llamadas solidarias en la política y conversaciones compartidas en la epistemología" (Haraway, 1995: 329), la crítica a veces pasa también por desconexiones ante ciertas relaciones de poder y violencia. Las relaciones establecidas en el campo fueron, para mí, complejas y ambivalentes. Leyendo las revisiones metodológicas de las autoras feministas citadas entiendo que estos procesos emocionales con las investigaciones realizadas y las personas con las que te relacionaste para hacerlas no se cierran nunca, permanecen abiertas y seguirán cambiando con el paso del tiempo.

Bibliografía

- CRASNOW, Sharon (2006) "Feminist Anthropology and Sociology: Issues for Social Science", in S. TURNER; M. RISJORD (eds.) *Handbook for the Philosophy of Science, Vol 15: Philosophy of Anthropology and Sociology*, Nueva York, Cambridge University Press, 827-861.
- DAVIES, Kathy (1997) *Embodied Practices. Feminist Perspectives on the Body*, Londres, Sage.
- DEL VALLE, TERESA (1999) "Procesos de la memoria: cronotopos genéricos", *La Ventana*, 9, 7-43.
- ESTEVA, Gustavo (2007) "La otra campaña, la APPO y la izquierda: reivindicar una alternativa", *Cuadernos del Sur*, 11 (24/25), 7-36.
- HALE, Sondra (1991) "Feminist method, process and self criticism. Interviewing Sudanese women", in S. B. GLUCK; D. PATAI, *Women's Words. The Feminist Practice of Oral History*, Londres, Routledge, 121-136.
- HARAWAY, Donna (1988) "Situated knowledge: The science question in feminism and the privilege of partial perspective", *Feminist Studies*, 14 (3): 575-599.
- (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra.
- HARDING, Sandra (1996) *Ciencia y feminismo*. Madrid, Morada.
- LUTZ, Catherine; ABU-LUGOTH, Lila (eds.) [1990] *Language and the Politics of Emotion*, Nueva York, Cambridge University Press.
- ROSE, Gillian (1997) "Situating knowledges: Positionality, reflexivities and other tactics", *Progress in Human Geography*, 21 (3): 305-320.
- TOLEDO, Ana (2008) "Rearticulaciones del poder/saber en la globalización. El papel de las organizaciones sociales en la Cuenca del Papaloapan (México)" in M. MARTÍNEZ MAURI; E. RODRÍGUEZ BLANCO (eds.); *Intelectuales, mediadores y antropólogos. La traducción y la reinterpretación de lo global en lo local. XI Congreso de Antropología: retos teóricos y nuevas prácticas*, vol. 7, San Sebastián, Ankulegi Antropología Elkarte, 137-152 [<http://hedatuz.euskomedia.org/5253/1/07137152.pdf>].
- (2009) *Cartografías del desarrollo en la región del Papaloapan (Oaxaca, México)*, tesis doctoral, dirigida por Juan Carlos Gimeno, leída el 12 de junio, Universidad Autónoma de Madrid.
- STACEY, Judith (1991) "Can there be a feminist ethnography?", in S. B. GLUCK; D. PATAI (eds.) *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History*, Londres, Routledge, 111-120.
- VALENTINE, Gill (2002) "People like us: Negotiating sameness and difference in the research process", in P. MOSS (ed.) *Feminist Geography in Practice: Research and method*, Oxford, Blackwell, 116-126.

Gako-hitzak: etnografia, emozioak, ikerlariaren kokapena, indarkeria, metodologia feminista.

Laburpena: 2009. urtean, aurreko urteetan Mexikoko Oaxaca eskualdean egindako landanean ezagututako hainbat lagun erail zituzten. Aurreko urteetatik pixkanaka-pixkanaka areagotzen joandako eraso eta indarkeria espiralaren mailarik gorena izan zen. Indarkeria giro hartan etnografian jardun beharrak tentsio emozional ugari ekarri zizkidan, eta landa-lan horretan dudak ikertzaile izaerari buruz gogoeta egitera eraman naute, metodologia eta epistemologia feministak eskaintako baliabideen bidez.

Mots-clés: ethnographie, émotions, position du chercheur, violence, méthodologie féministe.

Résumé: en 2009, plusieurs personnes que j'avais fréquenté lors du travail de terrain que j'avais mené dans la région d'Oaxaca au Mexique furent assassinées. Ce fut le point culminant d'une spirale d'agressions et de violence qui n'avait cessé d'augmenter les années précédentes. Faire du terrain dans un contexte de violence me confronta à une série de tensions émotionnelles qui m'ont amenée à réfléchir sur ma position en tant que chercheur sur le terrain, m'aidant d'outils méthodologiques et de l'épistémologie féministe.